

SEÑORA SANTA ANNA.

I.

Reina la paz en la región felice
De Jacob; ya de Roma las legiones
Subyugaron á todas las naciones;
Nueva era el oráculo predice.

Profeta en Israel gran tiempo hacia
No se viera; las almas de los buenos
En el señor esperan, y serenos
Presienten de salud próximo el día.

Y en Nazareth, en Nazareth, dichosa
Ciudad de bendición, celeste asilo
De gracias del gran Dios, vive tranquilo
Joaquín el justo con su fiel Esposa.

Anna, la mujer fuerte, la clemente,
Esa cuya virtud el pueblo alaba

Y su bondad de bendecir no acaba;
Son sus hijos el pobre y el doliente.

En esa alma ciudad que al fin vería
Tan grandes cosas del amor divino,
Vislumbran ya los fieles el camino
Por donde Dios su pacto cumpliría.

Vendrá el Sol de justicia, vendrá el Santo
Hijo celeste del celeste padre,
Vendrá esa Aurora, esa admirable Madre
De Dios y de los hombres el encanto.

Pues..... de esa Madre ya la Madre es hora
Surja y semeje á su futura hija,
Como el alba que al mundo regocija
Es semejante á la risueña aurora.

Y Nazareth ante ideal como ése
De altísimas virtudes jamás visto,
Clama: "cuán digno fuera que del Cristo
Mujer tan santa la ascendiente fuese."

II

Mientras al Dios de Abram en apartada
Campiña ora Joaquín, Anna su queja

En el retiro del hogar no deja
De exhalar siempre humilde y resignada;

Y es que la estéril mirase excluida
De entrar en ese número escogido
De los progenitores del Ungido,
Prez que la casa de David no olvida.

Por la vez cuadragésima la fiesta
Del Cordero pascual Ella y su Esposo,
Contaban ya desde el amor hermoso,
Los ligó con unión fuerte y modesta.

Y el tiempo era pasado y ya la nieve
De sus cabellos, que orna aquella amable
Frente de la señora venerable
Toda esperanza aleja, la más leve.

Y Nazareth sentía cual si fuera
Su propia desventura, la de Anna,
¡Oh! era para todos cual hermana,
Cual madre la Davídica Heredera.

III.

Mas vedad... Un día en Salem viajeros
Los Esposos, la Humilde al Templo asciende

Y allí de hinojos, la plegaria enciende
En esa alma sus votos lastimeros.

“¿La Madre de Samuel con sus clamores
No hizo fuerza al Señor?” Anna decía,
“¿Por qué, Dios de piedad, la afrenta mía
No borrarás colmando tus favores?”

“Tuyo ha de ser de bendición el fruto,
Fruto en verdad de altísimo milagro;
Señor, si me lo dieres, le consagro
A servirte, de gracias en tributo.”

Así dice llorando. El Señor mismo
Que en su bondad grandioso el pecho hiere,
Salud ser de su herido á la vez quiere;
Abismo de bondad pide otro abismo.

Oye Adonái esa oración. Fenece
De los justos Esposos tanta pena.
¡Anna! ya el cielo tu dolor serena
¡Con qué favor el cielo te enriquece!

Concebirás, y el fruto de tu seno
Ha de ser de tesoros un tesoro,
Muy más preciado que de Ofir el oro,
Y de los bienes criados el más bueno.

En la Hija que Dios á concederte
 Próximo está, veráse gloria tanta,
 Que sólo imaginarla el alma encanta
 Y á narrarla ninguno habrá que acierte

Esa tu Hija, en el mismo instante
 Primero de su sér, será más pura
 Que el almo sol cuando en Abril fulgura,
 Que en el Empíreo el serafín radiante.

IV.

El santo Esposo de la Estéril sabe
 Del cielo el gran favor; la dicha inunda
 La casa de Joaquín, dicha profunda
 ¡Oh Adonái, quien habrá que no te alabe!

Y vino el tiempo en que á la Estéril brilla
 La luz de una Hija de beldad portento,
 Festivo Nazareth muestra contento
 Y absorto ante el Señor la frente humilla.

Y nosotros ¡oh Anna! que ya hemos
 Visto cuán bueno es Dios, los que tal parte
 Hemos en tú bien, ¿cómo no darte
 De hosanna insigne plácemes supremos?

Los que del Unigénito ya vimos
 Qué bondad, qué dulzura, qué firmeza,
 Gloria digna del Verbo, la grandeza
 De su santa Familia comprendimos.

¡Ah! cuán dichosa madre de la Madre
 Del mismo Dios! eso serás, oh Anna;
 Es sobre toda gloria, soberana
 La que ha de darle su divino Padre.

Dichosísima Esposa, vendrá el día
 En que núbil tu Hija, los fulgores
 De los inmensos célicos favores
 Te descubran su altísima valía.

Pero no sólo en Nazareth el nombre
 Y la gloria de Anna; el Orbe entero
 Alza en su honor un himno placentero
 Y no hay criatura á que ese honor no asombre.

Eleva el ángel, el querub su canto:
 “De esa Mujer el seno cuán dichoso,
 De él nacerá otro seno en que piadoso
 Ha de encarnar el Infinito, el Santo.”

V.

Por eso himno ferviente fué testigo,
Hija de Abram, del gozo de tu pecho:
"Mirad lo que el Señor conmigo ha hecho,
Exclamas, alegraos todos conmigo."

"Anna la de Samuel, la grande Sara
Congratuladme; con vosotras triste
Me ví ayer, hoy de gloria se reviste
La que el ropaje de dolor llevara."

¡Gózate, Mujer fuerte, que los cielos
Te hagan saber lo excelso del destino
A que te encumbra el Salvador divino
Y aún se oculta bajo densos velos!

Mas ya del día en que esa luz te llega
Y después que cumplido todo vieres,
¡Santa Anna, tú nuestra abogada eres,
¡Oh! á tu Hija por nosotros ruegal

Si de María la piedad es tanta
Que oye al que pide en pobre nombre suyo,
¡Cómo no habrá de oírnos en el tuyo,
Anna, de nuestra Reina, Madre santa?

Ciudad Victoria, Julio de 1893.

HIMNO

A LA

MILAGROSA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

CORO.

De la excelsa región luminosa,
Do la dicha sin término habita,
Tú descienes, ¡oh Virgen bendita!
Al Anáhuac trayendo la paz.

A los hijos de mísera madre,
Hijos tuyos piadosa nos llamas,
Tu bondad y ternura derramas,
Tu admirable retrato nos das.

Cuando América triste yacía
Del error en el caos profundo,
Sumergida en el piélago inmundo
De idolátricos crímenes mil,
Apareces, Mujer bienhadada,
Y ese caos tu luz ilumina,
Como al cielo la luz matutina
En el tiempo sereno de Abril.

Entre nubes de espléndida gloria,
Al rumor de inaudita dulzura,

C.—15.

Descendiste de célica altura
Presurosa al feliz *Tepeyac*.

Allí hablas *al mísero Indiano*
Y le dices palabras de vida,
Y tu amante favor le convida
Con tu tierna, segura amistad.

Tú le anuncias que nada temamos,
Ningún mal, ni dolor, ni la muerte,
Porque es tuya del hombre la suerte
Y nos amas con todo tu amor;
Y, por eso, bajando del cielo,
Vienes sólo á aliviar esas penas,
A romper esas duras cadenas
Que un mal padre á sus hijos legó.

¡Oh!..... al ver tu divino semblante
Con razón arrobado me deja.....
Ningún bien tu hermosura semeja,
Nada iguala tu dulce mirar;
Nada son los colores del iris
Disipando la negra tormenta,
Ni la luna si elévase lenta
Al través de las olas del mar.

La frescura de un campo de rosas,
La fragancia de mil azucenas,
Tu candor semejaran apenas,
Tu recato y pudor virginal.

Esa gracia y ternura inefable
De tu voz y divina sonrisa,
No la vió la mañana, en su brisa,
En su luz, ni en sus aves, igual.

¡Ah! por eso los pueblos te aclaman
¡Con fe cuánta y dichoso consuelo!
Soberana Señora del cielo,
Tierna madre del hombre infeliz.

Por doquiera se escucha tu nombre,
Dulce nombre que el mundo venera,
Monumentos se miran doquiera
Grandes templos en honra de tí.

Y *esa Imagen*, presente querido,
Copia fiel, de tus manos hechura,
¡Cuánto bien al mortal asegura,
Cuál empeña su fe y gratitud!

¡Qué podremos temer á la sombra
De tu Imagen, divina Señora?
¡Nuestro pecho ferviente te adora;
Sola tú nuestra vida y salud!

Morelia, Enero de 1864.